

no que tuviéramos, por un techo, una chimenea, una cama, un pedazo de pan y un vaso de vino, como en aquel momento en que no sabíamos qué nos agoviábamos, si el hambre ó el cansancio, si el frío ó la gana de dormir. Poco tiempo despues nos convencimos de que lo que más teníamos era un hambre deliciosa.

Con que hagamos alto por ahora en nuestra relacion, y dejemos hablar á los apuntes de mi *libro de memorias*, escritos con lapiz en los mismos sitios y en los mismos instantes á que hacen referencia.—Esto no podrá menos de prestar á veces mayor interés y movimiento á la presente obra.

Mi cartera de viaje dice así :

.....

Chamounix.—Hotel royal de l'Union.—16 de octubre de 1860.

Hé nos en el Mont-Blanc, en la patria de la nieve, en el imperial alcázar del invierno.

La música de *Linda* resuena sin cesar en el fondo de mi alma.—*Chamounix* y *Donizetti* son dos nombres que no pueden separarse.

Quizás en este mismo instante, (son las nueve de la noche) mis amigos de Madrid ven pintados estos sitios en los telones del teatro Real, y oyen las tiernas y graciosas melodías del sublime loco de Bérgamo, en las cuales se encierra toda la inocente poesía de los Alpes y de la afectuosa raza que vive en ellos.

¡Donizetti!—Este nombre me lleva mucho más lejos. Llévame á Sierra-Nevada, á aquellos Alpes de Andalucía, donde yo he pasado la niñez, viendo á todas horas las nieves del *Mulhacen* y del *Veleta* perdidas en el azul del espacio; y donde arrullaron mi cuna los cantos de *Lucía*, de *Linda* y del *Furioso*, haciéndome soñar todo lo que despues me ha sucedido,—sin escluir este viaje.

¶ Pero ¿qué es mi pobre *Mulhacen* comparado con el *Mont-Blanc*?—Colocad sobre la cúspide de Sierra-Nevada otra sierra de 4,900 piés de elevacion, y tendreis la cumbre del Monte Blanco.

Lo que si es verdaderamente delicioso es encontrarse como yo me encuentro en una abrigada habitacion, al amor de una cariñosa chimenea, en frente de una humeante y regalada mesa en que no falta el confortante mosto, á la vista de una mullida cama, y al lado de una escogida biblioteca, y pensar al mismo tiempo en el frío que hará en este instante fuera del hotel, en lo próximos que se hallan los ventisqueros y las neveras, en el penoso camino que hemos traído para llegar hasta aquí, y en que por esa ventana se ve el Mont-Blanc desde su base hasta su cima.

Yo comprendo perfectamente que un hombre disgustado del mundo ó afligido por una profunda pena, se pasase todo un invierno en esta soledad, sin otro espectáculo que la nieve, fatigando su cuerpo durante el día por esas heladas cumbres y viniendo á descansar á la noche en esta abrigada habitacion, donde tantas y tan buenas cosas podrían pensarse y escribirse.

Pero escuchemos...

Una larga detonacion, semejante á la de un trueno próximo, retumba sobre nuestras cabezas...

Es un alud que se desprende de lo alto, acreciéndose en su camino ó partiéndose en mil fragmentos, que vuelven á engrosarse y á dividirse...

¿En dónde caerá la *avalancha*?—¡Ay de la cabaña, ay del puente, ay de los árboles que encuentren en su camino las colosales bolas de nieve!

Sirvan de garantía á nuestra tranquilidad los muchos años que llevan de existencia estos hoteles, sin que ningun alud haya caído sobre ellos, y durmamos con confianza...

Seguridades tan relativas como estas, nos hacen esperar todas las noches que despertaremos al otro día.

La vida es siempre un combate, y la esperanza una temeridad.

Pero antes de acostarnos, dirijamos por la última vez una mirada, al través de esos cristales, al bárbaro coloso que reina sobre toda Europa.

¡Hélo allí!—Ese titán no duerme nunca. Para él no llega jamás la noche.

Hélo allí coronado de su plácida aureola, vestido de su propia luz, resplandeciente y cándido en medio de las tinieblas, como las apariciones luminosas de los místicos.

Hélo allí inmóvil, silencioso, eterno...

Verdaderamente, yo concibo que todavía pudiera ser un poco más alto.—La cumbre del Himalaya, sin ir más lejos, tiene 28,000 piés de elevacion, es decir, casi doble estatura que el *Mont-Blanc*...—Y aun el mismo Himalaya pudiera tener algunos metros más.—Y aunque llegase á las estrellas fijas, cualquiera podría sin grande esfuerzo imaginarlo un poco mayor...

Pero yo no debía revelar al público estos secretos, ni disminuir con tales reflexiones la importancia de mi viaje.

Dice bien el refrán: el que mucho habla, mucho yerra.

IV.

Fisiología del mulo, del jumento y del caballo.—A seis mil piés sobre el nivel del mar.—*La Mar de Hielo*.—Avalanchas.—El Album de la *Flecheré*.—Contemplacion.—Puesta de sol.

Día 17.

Han pasado algunas horas de sueño, durante las cuales mi alma ha viajado por donde mejor le ha parecido, á la manera de un criado que aprovecha las horas en que su amo se halla de paseo, para entregarse libremente á sus asuntos particulares.—¡Vaya un símil!

Las gallinas cacarean á la puerta del hotel. Es cosa de levantarse. El reloj marca las seis.

Abro la ventana... ¡Oh qué día tan magnífico!—El sol argenta la cumbre del Mont-Blanc. El cielo está limpio y azul como en un día de primavera en

Granada. Los Alpes recortan el horizonte con su nevada silueta, tan pura, tan perceptible, tan precisa en los contornos, como si fuera un esmalte de plata que bordase el ancho pabellon del firmamento... ¡Qué immaculada nitidez, qué nueva riqueza, qué virginidad en ese panorama!—Se diría que es un mundo recién salido de las manos del Criador, y que ni mirada de hombre ni vuelo de ave han profanado todavía el sublime misterio de sus horas.

En esto llaman á nuestra puerta.—Son los *guías* que vienen á ofrecerse.

Nuestro plan está formado.—La mañana la destinaremos á la *Mar de Hielo*: á las doce vendremos á almorzar al hotel; y á la tarde subiremos á la *Flechere*, desde donde contemplaremos toda la magnificencia del *Mont-Blanc*.

Son dos viajes en mulo, que suman diez leguas de bajadas y subidas por entre hielos y nieves...

¡Valor!—El ajuste está hecho.

Llevaremos dos mulos y tres guías; zapatos herrados y los bastones consabidos.

Cosa de merienda no hace falta, pues al decir de esta gente, ya encontraremos por entre esas neveras alguna choza en que nos den un vaso de vino y un pedazo de queso con que espantar el frío.—Por lo demás, nosotros nos hemos desayunado medianamente.

Con que hénos ya caballeros en los mulos. Así atravesamos el pueblo, que empieza á discurrir por las calles tapizadas de hielo y escarcha, y que nos dice *buen viaje* con la mayor cortesía.

Entre las rollizas muchachotas que se asoman á las puertas, hay algunas tan blancas y tan rosadas como una aurora en la nieve; pero no encuentro por ninguna parte á *Linda*, ni cosa que se le parezca... Bien es cierto que debe de haber envejecido.

A poca distancia de nuestro hotel, pasamos un río por un puente de madera.

Este río es todavía el *Arbe*... Pero no ya aquel *Arbe* potente y devastador que conocimos ayer, sino un riachuelo alegre, inofensivo y perezoso como un Sardanápalo en mantillas.

Luego atravesamos unas estensas praderas y llegamos al pié del *Montanwert*, formidable mole de seis mil piés de elevación, á cuya cumbre nos proponemos llegar, para caer desde allí en la *Mar de Hielo*.

La ascension al principio no es penosa, pero sí arriesgada, en atención á que ha nevado últimamente y á que hoy el sol ha de calentar bastante, lo que podrá dar por resultado que haya desprendimientos ó aludes,—y este es precisamente el camino que siguen muchos de ellos.

Reparad si nó, en estos colosales abetos que nos cercan, y encontrareis muchos tronchados como débiles cañas... Reparad en esas peñas removidas de sus antiguos cimientos... Reparad en aquellas calles abiertas entre los bosques de pinos...—Pues todo eso lo han hecho las *avalanchas*, procedentes de la altísima *Aguja de Charmoz*.

La senda se va haciendo cada vez mas angosta y escarpada. El mulo encuentra apenas una estrecha y sinuosa cornisa en que sentar los piés. Ya no nos falta nunca un hondo precipicio á nuestra izquierda... Si al pobre animal se le va un pié, ó si cede cualquier pedrusco de los que elige para apoyarse, nuestra humanidad hecha pedazos aumentará el largo catálogo de los viajeros que han pagado con su vida el amor á los grandes panoramas.—Y hay tanto mas motivo para pensar en esto, cuanto que los guías nos han dicho ya que los que se dedican á su oficio acaban casi siempre por ser víctimas de él.

—¿Ve usted aquel pico? nos indicó uno. Pues allí murió mi padre acompañando á unos ingleses. Se le fué un pié en el hielo... y... como si no hubiera nacido.

—Á mi hermano le aplastó una avalancha, añadió el otro.

—Yo me he caído ya una vez, dijo el tercero; y mi fortuna fue que la nieve era reciente y no se había helado... De lo contrario, no lo contaría ahora fumándome esta pipa.

Y entre tanto, los mulos se portaban como tales: quiero decir, que procuraban ir siempre por el sitio mas peligroso, arrimados á los mismos bordes de los despeñaderos, y desatendiendo tercamente toda insinuación juiciosa, por cariñosamente que se les hiciera.

¡Ah! los mulos son iguales en todos los países; y yo los aborrezco con todas las fuerzas de mi alma.

Para mí el mulo es inferior al burro, y mucho mas burro que él, pues es un burro con pretensiones de caballo.

Yo amo al burro... ¿Y cómo no he de amarle?—Su modestia, su mansedumbre, su resignación, su docilidad me lo recomiendan como á un ser bueno, pero desgraciado; que conoce su ineptitud y se conforma con ella; que no es presumido, ni ambicioso, ni aspira á dominar á nadie; que se somete, en fin, á la humilde condición de su destino.

Y yo amo al caballo; yo le admiro; yo le respeto; yo le tolero su soberbia, su jaectancia, su osadía, tan propias de su esquisita naturaleza, de su hermosura, de su ardor guerrero, de su generoso instinto, de su noble *caballeridad*.

¡Pero el mulo!... El mulo me irrita. El mulo no es grande ni por la bondad ni por el genio; no sirve para mandar ni para ser mandado; es inútil y discolo, improductivo y vanidoso, estúpido y rebelde, incapaz y temerario...

Y lo mismo acontece en la especie bipeda-implume.—También consta de tres familias. También hay en ella hombres-burros, hombres-mulos y hombres-caballos.

De estas tres familias, yo preferiré siempre la de los hombres-burros, y la amaré con infinita ternura. Asimismo toleraré y respetaré al hombre-caballo... ¡Pero libreme Dios del hombre-mulo, del tonto con pretensiones, del necio cuya necedad empieza por no conocerse á sí misma, del sandio ingobernable, del burro disfrazado de caballo!

Y dejemos esto, no sea que mi cabalgadura se entere de lo que voy pensando, y me tire por las orejas.

Poco agradable sería; pues nos hallamos á una altura fabulosa, y el abismo sigue abierto siempre bajo nuestros piés.

Ya hemos pasado por *Caillet*, en otro tiempo cubierto de árboles, que los aludes han arrastrado en su caída.

Hace bastante frio y principia á soplar un fuerte viento, no obstante la serenidad de la mañana.

Este viento no se sentirá allá en el valle, de cuyas casas vemos alzarse perpendicularmente el sosegado humo...

¡Ah! el valle parece desde aquí un juguete de niños. El rio, las cabañas, la antigua abadía, los vastos hoteles, los prados y las colinas que las cercan, forman un paisaje cuyo tamaño no escede aparentemente del de una vitela de abanico.

Ya caminamos sobre densas nieves. Ya terminó toda vegetacion. Vamos tocando á la cima del *Montanvert*.—El *Mont-Blanc* queda oculto á nuestra espalda.—La *Mar de Hielo* va á presentarse ante nuestra vista...

¡Alto!—Hemos llegado...

La emocion no puede estar dispuesta con mejor arte.—La áspera senda termina á la puerta de una especie de ventorrillo edificado sobre el borde mismo del monte.

Entremos, y desde sus ventanas contemplaremos á vista de pájaro todo el *glacier*... que en español se traduce *ventisquero*, á pesar de que «ventisquero» es otra cosa muy diferente...

Y si no, veamos qué es un *glacier*...

¡Oh!... ¡qué asombro!—Asomaos... Mirad...

Su nombre lo dice... ¡Esta es una *Mar de Hielo*!—Pero una mar en cólera, petrificada en el momento del combate.—Desde aquí no se ve mas que hielo y nieve: blancas montañas en torno nuestro: rocas de cristal por todas partes; agujas de plata que penetran las altas regiones de la atmósfera; y por en medio de una y otra mole, bajan torrentes de alabastro á abastecer este piélago mudo, inmóvil, aterrador como la muerte.—Y este mar, este inmenso rio, que se pierde de vista allá á lo lejos, á dos leguas de nosotros, está como volcado en un violento declive; está colgado, por decirlo así; parece que se despeña, á la manera de poderosa catarata, amenazando sumergir valles y montes; y así baja, y así llega á un punto dado; y allí se detiene, y allí termina de pronto, como si la clemencia de Dios le hubiera dicho ¡párate! ó como si él, condolido de los estragos que iba á causar, hubiese refrenado su propia ira.—Por eso digo que está petrificado en el momento del combate.

Y esto mismo se puede suponer de todas las cosas que nos rodean.—El rizado oleaje de la superficie de la *Mar de Hielo*; las amplias ondas que simula este hielo al arrastrarse por las vertientes de los montes; la violenta actitud de los témpanos supendidos en las alturas; la animada disposicion de las masas y de sus

menores accidentes; todo da idea del movimiento, todo revela que aquí hubo un periodo de accion, todo recuerda una pasada vida, como el gesto permanente de un cadáver traduce el último pensamiento del espíritu que huyó de él.—Diríase que en algun tiempo esta mar habia sido líquida; esos torrentes habian fluido; esos montes habian palpitado; esta soledad amortajada habia tenido voz y perfume, vida y actividad; y que repentinamente, en un súbito momento, el invierno habia asomado por encima de las sierras su cabeza de Medusa, conjelando, cristalizando, petrificando esta naturaleza.—La *Mar de Hielo*, en fin (y aquí terminan por ahora las metáforas), parece un mundo muerto, el planeta tallado en mármol, la estatua sepulcral del globo; la haz funeraria de la luna, tal como la hallamos en remotísima apariencia.

Digamos ahora en puridad lo que es la *Mar de Hielo* y lo que son todos los *glaciers* del mundo, aunque para ello tenga yo que valerme del mismo que me lo ha explicado, ó sea del célebre viajero suizo *K. Bèdeker*.

Hé aquí su explicacion.

En las altas regiones de los Alpes, al principio de las nieves eternas (1), nieva siempre en vez de llover. Esta nieve, que cae en forma de granizo, se amontona en los barrancos, donde el aire y el sol ablandan algo su superficie, y forman de ella una capa compacta, que se hiela á la noche, y se ve pronto cubierta por otra nueva capa de nieve. Así se va componiendo una masa densa de hielo, purísima en su interior y azulada por la parte afuera, la cual no es otra cosa que el *glacier* característico de los Alpes.

Los *glaciers* primarios son largas masas de hielo, semejantes á un rio helado, que se estienden á lo largo de los valles, con una ligera inclinacion, y que llegan á medir algunas veces 1,000 y 1,500 piés de espesor ó profundidad!—La inclinacion de los secundarios es mayor, el hielo menos duro, su estension no tan grande, y están como colgados de los flancos de las montañas.

Mas arriba aun, pasando de los 10,000 piés, la accion del sol y del aire sobre la superficie del *glacier* es ya tan insignificante que no logra cambiar la forma de la nieve ni ablandarla para que despues se convierta en hielo. Esta nieve suelta, ó no condensada, que se encuentra á la cabeza del *glacier*, se llama *névé* (palabra que no tiene equivalente en español, á causa de que en España no hay alturas que escedan de 10,000 piés).—Ahora bien: cuando la nieve del *névé* (al cual no hay que confundir tampoco con nuestros ventisqueros), llega á la region del hielo, que como hemos dicho, se halla mucho mas abajo, su capa superior se derrite bajo la influencia del sol, y el agua que resulta penetra las

(1) Los Alpes, considerados bajo el punto de vista de su elevacion, se dividen en *Altos Alpes*, *Alpes medios* y *Alpes bajos*.—Llámanse *Alpes altos* á los que esceden de 8,000 piés, punto en que la nieve no se derrite ya nunca hácia las vertientes septentrionales: (en las vertientes del Sur las nieves eternas no se encuentran sino 800 piés mas arriba).—*Alpes medios* son las cumbres que se hallan entre los 8,000 y los 4,500, en que los árboles dejan de crecer.—*Alpes bajos* son los comprendidos entre 4,500 y 2,000 piés de elevacion.

La altura del Mont-Blanc es de 14,809 piés.

capas inferiores: á la noche se hiela todo, y queda formado el *glacier*.—El *glacier*, por consiguiente, es una prolongacion del *névé*.



La Tête Noire (la Cabeza Negra.)

Pero como las nieves y el hielo se renuevan constantemente, sin que el *glacier* se acrezca por esto, hácese necesario que el aumento se compense con alguna disminucion. Y asi es. En primer lugar, el sol y el aire, obrando sobre la superficie del *glacier*, producen una gran evaporacion; y por otro lado, el der-

retimiento continuo de sus capas inferiores produce un arroyo y hasta un rio, que corre siempre por debajo de todo *glacier*.—La *Mar de Hielo*, sin ir mas lejos, da origen al rio *Arveiron*, que veremos al bajar.

Tambien consta de una manera indudable que los *glaciers* están en continua actividad, y que obedeciendo á una presion de arriba, avanzan lentamente sobre los valles.

Pero esto no quiere decir que se acerquen á ellos cada vez mas; pues al llegar al limite marcado por la temperatura, se derrite la masa de hielo. Lo que esto quiere decir es que el hielo, la nieve ó los peñascos en ellos caidos, que se encontraban en un tiempo dado á la cabeza del *glacier*, caminan poco á poco hasta tocar á su término inferior.

Nada menos que en doscientos años se calcula el tiempo que emplearia en recorrer toda la *Mar de Hielo* una piedra colocada en su parte mas eminente.

La superficie de los *glaciers* no es tersa, sino por el contrario, muy escabrosa y accidentada.

Primeramente, hállanse en ellos las llamadas *mesas*, que son grandes losas apoyadas sobre un pié de hielo, presentando toda la forma de un velador.

Este curioso fenómeno se esplica perfectamente. De los flancos de las montañas cae sobre el *glacier* una piedra estensa y delgada: el sol derrite con el tiempo la nieve alrededor de aquella losa, pero no la nieve que hay debajo de ella, y á la cual sirve como de sombrilla: y al cabo de algunos meses, la piedra queda en el aire, tendida sobre un pilar de hielo, que adelgaza continuamente hasta que se rompe, y que entre tanto marca el alto nivel á que llegó la nevada en tal ó cual invierno.

Otra rareza de la superficie de los *glaciers*, es lo que se llama un *embudo*, el cual es un agujero de la forma que indica su nombre. Estos agujeros, que á veces horadan todo el *glacier* y llegan á comunicarse con el rio que corre por su lecho, provienen de haber caido sobre aquel un ave muerta, un objeto de metal, ó una piedra de cierta forma ó tal naturaleza, cuyos objetos, calentados por el sol, derriten la nieve que tienen debajo.—Es la razon contraria á la que esplica la existencia de las *mesas*.—Siempre que hay derretimientos, el agua se filtra por estos embudos, y naturalmente, va fundiendo á su paso un hielo secular á que no hubiera llegado nunca la accion del sol.

Por la inversa: cuando la corriente lenta del *glacier* se ve obligada á pasar sobre un terreno escarpado, la masa cristalina se rompe en mil fragmentos, sobre los que obran despues el sol y el aire, las nuevas nevadas y los trastornos que ocasionan los vientos.—De este modo se producen las graciosas agujas de hielo, las pirámides y todas las demás caprichosas figuras que sorprenden al observador.

Réstanos hablar de las *crevasses* (grietas) que se encuentran á cada paso en los *glaciers*, y que son otros tantos abismos que han costado la vida á muchos viajeros. Durante el invierno, las grietas se cierran, pero en falso, ó sea superficialmente; y á la primavera vuelven á abrirse con espantoso estrépito. Tambien

suele acontecer, en las grandes nevadas, que las grietas se llenen de nieve, en cuyo caso nadie debe aventurarse á reconocer el *glacier*, pues nada es mas fácil que poner el pié sobre una *crevasse* y ser engullido por ella...

Hasta aquí *Bædeker*.—Ahora nosotros, ilustrados con sus noticias, descendamos por nuestro pié á la *Mar de Hielo*.

Verdaderamente, la escursión es penosísima y bastante peligrosa. Hace pocos dias que ha nevado, y las grietas pequeñas se hallan obstruidas por la nieve. Nuestra fortuna es que anoche ha helado mucho y que el sol no ha penetrado hoy todavía en estos barrancos.

Lo que mas me impone en tan monstruosa naturaleza son los *pozos de hielo* que hemos llamado *embudos*.—Yo me he asomado á uno de ellos, tendiéndome á sus helados bordes, y me ha espantado su lóbrega profundidad.

—Allá... en lo hondo, he pensado; debajo de esta enorme costra de hielo de mil piés de espesor, fluye un rio sobre la verdadera haz de la tierra...

Y he querido oír aquel rumor de vida, sentir la palpación de aquella profunda vena; y he estado escuchando mucho tiempo, y no he percibido nada.

Entonces he arrojado al pozo un pedazo de hielo, y he puesto la mayor atención...

Al cabo de cinco segundos, el eco me ha traído el son del agua herida por el témpano.

Esto me ha conmovido sin saber por qué.—¿Quién es capaz de definir las íntimas relaciones de lo que imaginamos con lo que sentimos; de nuestras ideas con nuestros afectos?—Acaso... lo que yo acabo de experimentar es un impulso de amor filial hácia la tierra habitable y productora que yace bajo esta helada corteza que la cubre como un sudario.—Quizás mi dicha de haber percibido la voz de la vida al través de tanta muerte, puede compararse al placer que experimentar la *Leonor* de García Gutierrez al oír el canto de *Manrique* detrás del muro de su prisión,—ó á la complacencia con que un niño encuentra la gustosa castaña en el centro del feroz erizo,—ó á la satisfacción que nos causa á todos hallar la bondad en el fondo de un carácter brusco, la pasión bajo el disfraz del coquetismo, el manantial del llanto en el alma del escéptico, ó los latidos vitales en el corazón de nuestro hijo dormido, cuya palidez y cuya inmovilidad nos hicieron temer que hubiera muerto.

Decididamente, las imágenes y las comparaciones son el polvo y paja de mi estilo. En adelante, yo procuraré ir al grano. Entre tanto, os suplico que me perdoneis, aconsejándoos (y aquí plagio á lord Byron) que escojais del anterior racimo de metáforas aquella que mas os guste, y desecheis las demás sin reparo alguno.—Lo mismo haceis en casa del comerciante cuando vais á comprar un abanico.

Volviendo á la *Mar de Hielo* (de la cual vamos á marcharnos en seguida, pues cuesta mucho trabajo andar por ella y nos esperan otros grandes espectáculos), os diré que los *guías* están muy entusiasmados con la hermosura de nuestra compatriota la emperatriz de los franceses y con el arrojito que mostró

aquí hace pocas semanas, recorriendo á pié un gran espacio de este valle de cristal.

Pero se me olvidaba haceros meditar en una cosa que me ha preocupado mucho á mí desde que me asomé á esos montes.—Decidme: ¿cuándo se nevaron los Alpes por la vez primera? ¿Qué quiere decir *nieves* eternas? ¿Los crió Dios nevados en el principio del mundo? ¿Estuvieron alguna vez sin nieve? ¿Tienen razon los *neptunianos*? ¿Ha sido el agua el gran artífice, cincelador del globo? ¿Estuvo todo él cubierto de nieve en algun tiempo? ¿Se retira esta nieve hácia las cumbres de los montes? ¿Llegará á desaparecer? ¿Vendrá un dia en que las pardas moles de granito, sepultadas hace miles de años bajo esta densísima losa sepulcral, tornen á ver la luz del cielo?—¿O tienen razon los *vulcanistas*, y hubo en efecto una época en que toda la tierra se hallaba en ebullición incandescente? ¿Es positivo y cierto que nuestro astro se fue enfriando y solidificando luego, hasta hacerse habitable, como lo es... en algunas zonas? Y este enfriamiento, ¿ha terminado ya, ó continúa y continuará indefinidamente? Y si continúa, como algunos creen, ¿no podrá suceder, con el trascurso de los siglos, que toda la superficie del globo terráqueo quede sujeta á las condiciones climatológicas de los Altos Alpes, y nuestro pobre mundo se vea convertido en un *glacier* inmenso, en una nevera, en una roca de cristal, en un espectro blanco y pavoroso que represente en los espacios infinitos la total estinción de la raza humana?

Entonces sí que un Pastor-Díaz de otro planeta podría decir del nuestro lo que este insigne elegíaco ha dicho de la luna:

¿Qué eres de hoy mas sobre ese helado cielo?
—Un peñasco que rueda en el olvido,
ó el cadáver de un sol que endurecido
yace en la eternidad...

Pero esto es dejar á Scila para dar en Caribdis, ó sea abandonar las metáforas para emprenderla con la poesía geológica, que es acaso la mas quimérica y solemne de todas las poesías.—Sigamos, pues, nuestra relación.

Ya hemos bajado de la *Mar de Hielo*, y nos encontramos en su límite.

Aquí nace el *Arbeiron*, ó por mejor decir, aquí aparece por debajo de los témpanos y las nieves.

El *Arbeiron* es, como sabeis, el mismo rio con que acabamos de platicar por un *embudo*.

Su salida al valle no puede ser mas grandiosa.—Un arco de hielo sirve de entrada á una gruta azul, que allá se pierde de vista en las tinieblas. Esta gruta es, como si dijéramos, la urna alegórica de donde se vuelcan las aguas, ó mas bien (y vuelvo á las imágenes) la regia morada de uno de aquellos rios mitológicos, que la escultura griega representaba con formas humanas, recordando sin duda que Homero les habia oído pronunciar discursos antes de pelear como desesperados.

Nosotros hemos querido aventurar algunos pasos por esta gruta de zafiro;